



› Hugo Fontana ‹

LA PALABRA Y EL ORO

La aventura editorial de Errico Malatesta
en el Río de la Plata



› Hugo Fontana ‹

LA PALABRA Y EL ORO

La aventura editorial de Errico Malatesta
en el Río de la Plata



© 2023, **Hugo Fontana**

© 2023, **Alter Ediciones**

www.alterediciones.com

alterediciones@gmail.com

Diseño y armado:

manosanta desarrollo editorial

www.manosanta.com.uy

Ilustración de portada:

Hernán Mengod

Corrección de estilo:

Ana Claudia de León

Cronología:

Daniel Amoedo y Manuel Carballa

Impreso en Uruguay:

Imprimex

Depósito legal: xx

ISBN: 978-9915-9514-9-2 (edición impresa)

La edición de estos 500 ejemplares se terminó al cuidado de Manuel Carballa,
en la ciudad de Montevideo, en el mes de abril de 2023.

alter  ediciones

Montevideo, 2023

CAMINANDO Y FUMANDO

Paseaba su figura arrastrando su sempiterno escepticismo con un dejo de indolencia por las calles del Barrio Sur, cigarro en mano y mirada atenta. No era fácil convencerlo de que valía la pena la vida, esta vida nuestra descosida por sinsabores y estrecheces de miras y de recursos. Pero siempre estaba disponible para conversar, o mejor, para dejar fluir las palabras por los vericuetos de las incertidumbres. Se lo echa en falta.

Siempre me pregunté de dónde provenía su anarquismo. O no. Porque quizá fuera simple admiración por personajes que combinaban alguna dosis de aventurerismo con un rechazo visceral, hepático, al capitalismo y a sus perros falderos. Seguro que no era una adhesión ideológica, de esas que convierten los fundamentos en fundamentalismo, extremos que nunca confundió. Me inclino a pensar que tenía claras opciones en cuanto a las ideas, pero las brújulas eran otras.

Valores. Seguro que se trata de su admiración por los valores que profesaba toda una generación de libertarios. En *Arcángeles*, Paco Ignacio Taibo II repasa la vida de una docena de vidas libertarias, de revolucionarios herejes, que pueden servir de inspiración a cualquiera en cualquier parte del mundo. En todo caso, estos herejes tuvieron una vida libertaria aunque no lo supieran, aunque profesaran ideas marxistas o de cualquier otra especie.

Siento que admiraba a quienes ponían el cuerpo para rubricar sus ideas, a los que se la jugaban sin calcular las consecuencias, que lo daban todo en un órdago que podía, las más de las veces, volverse en contra antes que salir adelante.

Claro que Hugo vivía en un medio y en un tiempo de mezquindades, de prebendas y compadreo de pasillo para conseguir alguna migaja, de esas que los poderosos dejan caer casi al desgaire, para afirmar su superioridad de clase. Y que los lambetas se apresuran a recoger con un gesto dócil de agradecimiento. Me puedo imaginar el asco que sentía ante tales actitudes.

Admiraba, en cambio, la voluntad y la coherencia, sobre todo cuando se desplegaban en situaciones adversas; cuando desafiaban poderes y poderosos contra todo pronóstico favorable. Porque lo admirable en los seres humanos, en particular en los revolucionarios, no es cuando despliegan banderas en alamedas hinchadas de rebeldes, sino cuando siguen adelante en la soledad de la derrota, en la melancolía del destierro o en la clausura de la prisión.

No considero a Hugo Fontana un antiintelectual. En absoluto. Siento que sus lecturas, las ideas y los análisis, por más abstractos y hasta abstrusos que fueran, debían servir para algo más que lustrar el ego de quien escribe, una práctica tan común en nuestros posmodernos ansiosos de brillo.

Me pregunto cómo habrá llegado a Errico Malatesta, porque es evidente que Hugo no pretendía hacer una tesis doctoral ni un libro docto, en el peor sentido del término. Veo aquí dos grandes avenidas. La de la vida, plagada de persecuciones. A los 15 años, requerido por la policía de Nápoles por haber escrito una carta «subversiva» a Víctor Manuel II, y a los 17, detenido por participar en un motín de los estudiantes republicanos. Sin olvidar que fue perseguido por Mussolini y aislado en su casa hasta la muerte.

En la alameda de las ideas, no hay cómo no admirar —en su polémica con Pedro Kropotkin— su temprano alejamiento de la ciencia como fundamento del anarquismo y su apuesta a la ética y a los valores como anclaje del movimiento por un mundo nuevo. En aquellos años el pensamiento crítico creía en la ciencia como

la nueva religión, certidumbre que alimentaron todas las corrientes, desde las que promovían apenas reformas hasta las que siempre estaban dispuestas a tomar por asalto las fortalezas de los poderosos.

Pero también destaca su notable oposición a que los obreros participaran en la Primera Guerra Mundial, lo que lo diferenció tanto de los bolcheviques como de los seguidores de anarquistas tan prestigiosos como Kropotkin, al que definió como «el maestro reconocido de la gran mayoría de anarquistas», en el artículo *El sabio y el revolucionario*.

Aparece aquí un rasgo de Malatesta que no pudo sino haber agigantado su figura ante Hugo, como ante todas las personas críticas. Era tanto el prestigio de Kropotkin que «decir otra cosa que él no dijera fue, para muchos, casi una herejía», escribió su crítico. Por eso, por la importancia de su pensamiento, sostiene la necesidad de «someter las enseñanzas de Kropotkin a una crítica severa y sin prevenciones para distinguir lo que es siempre verdadero y vivo de lo que el pensamiento y la experiencia posteriores pueden haber demostrado erróneo». Aunque lo consideraba un sabio, creía más importante ser fiel a la verdad y no dudó en poner en negro sobre blanco sus diferencias, algo poco común en las filas de las rebeldías, sobre todo en estos años de confusiones y acomodos.

Volviendo a Hugo, su lucidez caminaba pareja con su capacidad de indignación. Creo que es un matrimonio explosivo, que no deja espacio para el consentimiento facilón. Quizá por eso se fijó en Malatesta, quien afirmó sobre su maestro: «Kropotkin, pues, que era muy severo con el fatalismo histórico de los marxistas, caía en el fatalismo mecánico, que es mucho más paralizador». Una sentencia nada sencilla, ya que supone ir más allá de lo evidente, levantar el velo para mostrar algo más, eso que siempre incomoda porque enseña contradicciones evidentes.

La vida de estos anarquistas a los que admiraba Hugo Fontana era profundamente desordenada o, mejor, ordenada en torno a objetivos no materiales, lo que los conducía muchas veces a situaciones penosas desde el punto de vista de la sobrevivencia. Porque todo lo daban por una causa, a tal punto que empeñaban bienes propios —y no pocas veces ajenos— en aras de poner en pie una imprenta, lanzarse a un largo y azaroso viaje o ejercer una de las actividades preferidas: la solidaridad con compañeros perseguidos o encarcelados.

Imagino a Hugo cautivado con estas historias, leyendo y hurgando febril en libros, legajos y archivos, para sacar la parte más jugosa, el carozo de las vidas que, fuera de dudas, no estaban marcadas por la acumulación sino por la entrega.

Extrañamos a Hugo. La pasión se está desvaneciendo en este mundo mezquino —como el humo de tus cigarros—, y los brotes de mundos nuevos hay que rastrearlos con tenacidad y empeño. Por eso es tan necesario este libro; el seguir navegando contra toda esperanza razonable. Cuando hay viento a favor, las palabras y las voces tienen poco peso. Pero cuando todo está en contra...

Raúl Zibechi
Diciembre, 2022

› Hugo Fontana ‹

LA PALABRA Y EL ORO

La aventura editorial de Errico Malatesta

en el Río de la Plata

